

Manuel Ponce

Sinesio Delgado.

La ley del embudo

ZARZUELA FANTÁSTICA EN UN ACTO

DIVIDIDO EN CINCO CUADROS Y CUATRO APARICIONES

en prosa, original.

MÚSICA DE

AMADEO VIVES


Representada por primera vez en el teatro de APOLO
el 19 de enero de 1916.



MADRID

DON RAMÓN DE LA CRUZ, 21

1916



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T BORRÁS

N.º de la procedencia

5170

LA LEY DEL EMBUDO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los representantes de D. Sinesio Delgado y de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

La ley del embudo

ZARZUELA FANTÁSTICA EN UN ACTO

DIVIDIDO EN CINCO CUADROS Y CUATRO APARICIONES

en prosa, original

DE

Sinesio Delgado.

MÚSICA DE

AMADEO VIVES

Representada por primera vez en el teatro de APOLO
el 19 de enero de 1916.



MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1916

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

CONSUELO	D. ^a Emilia Iglesias.
CELE	» Consuelo Mayendia.
LA MARQUESA	» Elisa Moreu.
DOÑA FILO.....	» María Montes.
GREGORIA	» Pilar Perales.
PAULINO.	D. Casimiro Ortas.
ASTAROT.	» Pablo Gorjé.
PABLO.....	» Cristóbal Sánchez del Pino.
JAIME.....	» Carlos Rufart.

Señoras y caballeros.

Epoca actual.— Derecha e izquierda, las del actor mirando al público.



CUADRO PRIMERO

Sala de paso. Muebles elegantes. Dos grandes puertas en arco, una a cada lado del foro, con forillos distintos. Un armario ropero junto a la pared de la izquierda y otro igual junto a la de la derecha. En primer término izquierda puerta que da a un gabinete. Enfrente, a la derecha, en primer término, puertecita secreta.

ESCENA PRIMERA

GREGORIA —Luego DOÑA FILO.—Luego JAIME.

GREG. (Saliendo por la primera izquierda.) Sí, señorita, sí; ya sé cuáles son. (Abre el armario de la izquierda; después de revolver un poco saca de él unos pantalones de señora con lazos de color de rosa y vuelve a marcharse por donde vino, cerrando tras sí la puerta. Casi al mismo tiempo viene doña Filo por el foro derecha, y después de forcejear para abrirla, llama con los nudillos.)

D.^a FILO. ¡Consuelo! ¡Consuelito! ¿Habéis cerrado con llave? No; no necesito entrar para nada; venía a decirte que te dieras prisa, que ya está ahí Paulino. ¿En qué estás? ¿En los pantalones? Bueno, bueno; le

diré que tenga paciencia, pero no tardes mucho. Sí, sí; ya ha venido mucha gente. (Vase foro derecha. Inmediatamente se abre la puerta a la cual llamaba, y sale por ella otra vez Gregoria, con los pantalones de marras en la mano.)

GREG. Tiene usted razón, señorita. Ya sé que para la ceremonia los lazos tienen que ser blancos. Sí, sí; los que acaban de traer; ya estoy en ello. (Torna a abrir el mismo armario de antes, deja en él los pantalones y sigue revolviendo inútilmente en busca de los otros.) Pues aquí no están. ¡Claro! ¿cómo han de estar, si todo lo de hoy lo hemos puesto en el otro? (Cierra el armario de la izquierda, cruza rápidamente el escenario, y abre el de la derecha. De él sale impetuosamente Jaime, dando a la muchacha un susto de órdago.)

GREG. ¡Ay! ¡Socorro! ¡Ladrones! (Pretende huir. El otro la sujeta).

JAIME. ¡Silencio! No chilles; soy yo.

GREG. ¡Suélteme usted!

JAIME. Mírame a la cara. ¿No me recuerdas?

GREG. Sí; me parece que sí. Por lo menos se da usted un aire a un novio que tuvo la señorita hace mucho tiempo.

JAIME. Y a quien dejó plantado porque tú la hiciste creer que le habías visto con otra.

GREG. ¿Yo?

JAIME. Sí, tú; a sabiendas de que era mentira.

GREG. No fué mía la idea. La señora me dijo...

JAIME. Justo, la señora; que se empeñó en quitarme de en medio para casar a su hija con ese ganso. Pero no lo conseguirá porque vengo decidido a jugarme el todo por el todo.

GREG. Ya se ve, ya. Pero, ¿quién le ha metido a usted ahí?

- JAIME. La segunda doncella, que no es tan chismosa como tú, y además se compadece de los hombres.
- GREG. Y, ¿qué pensaba usted hacer?
- JAIME. Esperar que ella viniera a buscar la ropa, salir de pronto, asustarla, cogerla en brazos y llevármela al fin del mundo. ¡Mía o de nadie!
- GREG. Pues no le ha salido a usted la combinación, porque como no me lleve usted a mí...
- JAIME. A ti te llevarán los demonios por embustera. Anda, no perdamos tiempo. Llévame donde está la señorita.
- GREG. No puede ser.
- JAIME. ¿Por qué?
- GREG. Porque se está vistiendo.
- JAIME. No importa. Yo necesito verla esté como esté. Necesito hablarla; convencerla de que aquello fué una calumnia, de que he pasado cuatro años horribles queriendo olvidarla y de que he decidido presentarme el día de la boda a desbaratarlo todo.
- GREG. ¡Jesús, qué hombre! Me da usted miedo; pero le advierto que, aunque se presente, no va usted a desbaratar nada.
- JAIME. ¿Por qué?
- GREG. Porque la señorita no se casa contra su voluntad. Se casa porque quiere.
- JAIME. ¡No puede ser!
- GREG. Le digo a usted que sí; que está enamorada del señorito Paulino.
- JAIME. Me convenceré cuando ella me lo diga. Voy a preguntárselo.
- GREG. ¡No faltaba más! Si usted se empeña en entrar, doy cuatro chillidos y viene la gente.
- JAIME. Mejor; así se entera del caso todo el

mundo, y no tendrá ese zángano el valor de casarse.

GREG. O le toman a usted por loco, le encierran y no consigue usted nada.

JAIME. Puede que tengas razón, y por si acaso lo mejor es dar el escándalo en plena ceremonia. ¿A qué iglesia van?

GREG. A ninguna. La boda es aquí mismo, en la capilla de la casa.

JAIME. ¿Dónde puedo esperar el momento?

GREG. (Señalando al foro izquierda.) Por este lado no hay nadie. Si alguien le ve, creerá que es usted un convidado como otro cualquiera. Y váyase usted pronto, que viene el novio con unos amigos.

JAIME. ¿El novio? ¡Ah, canalla! No sabes tú la que te espera. (A Gregoria.) ¡Si dices una palabra te estrangulo! (Vase foro izquierda.)

GREG. ¡Yo qué he de decir! ¡Pues poco entretenido va a ser el lance! (Registrando el armario de la derecha.) Justo, aquí están los de lazos blancos. Diré que he tardado porque no los encontraba... ¡Va a parecer una película! (Vase por la primera izquierda y cierra la puerta tras sí. Por el foro derecha salen Paulino y unos cuantos caballeros.)

ESCENA II

PAULINO.—CONVIDADOS

Música.

PAUL. No os choque si tarda
más de lo debido,
que en días como éste no es cosa tan fácil
ponerse un vestido.

CORO. Es que hace una hora
que estamos aquí,

y es algo incorrecto
tratarnos así.

(Paulino da tres golpes con los nudillos en la
puerta primera izquierda.)

PAUL. ¡Consuelo! ¡Que es tarde!
Pues claro que está.
Y el párroco espera
revestido ya.

(Al coro.) No os choque si tarda
más de lo debido,
que en días como este no es cosa tan fácil
ponerse un vestido.

CORO. Aprovechando la dilación
recapacita lo que has de hacer,
que siempre es grave la situación
del que decide tomar mujer.

PAUL. Hace ya tiempo
que lo he pensado,
y estoy de veras
enamorado.

CORO. Pero es, a pesar de eso, conveniente
que vayas advertido
de que, al fin y a la postre, casi todas
engañan al marido.

UNOS. ¡Acuérdate de Gil!

OTROS. ¡Acuérdate de Antón!

OTROS. ¡Acuérdate de Blas!

TODOS. ¡Y piénsalo mejor, que a tiempo estás!

PAUL. ¡Caray con los amigos!
¡Pues sí que es oportuno
sacar esos recuerdos
para animarle a uno!

CORO. Si es así la vida,
¿qué se ha de hacer?
Avisándote a tiempo cumplimos
con nuestro deber.
No te fíes mucho
de tu compañera,
que un mal cuarto de hora

lo tiene cualquiera.
PAUL. ¡Dejadme en paz!
Salid de aquí!
Yo estoy seguro
de ella y de mí.
UNOS. ¡Igual que Antón!
OTROS. ¡Igual que Gil!
OTROS. ¡Igual que Blas!
TODOS. ¡Piénsalo bien,
que a tiempo estás! (Vanse foro derecha.)

ESCENA III

PAULINO.

H a b l a d o .

PAUL. ¡Vuélvete atrás, que a tiempo estás!...
¡Qué he de estar a tiempo! ¡Con la delicadeza que yo tengo desde chiquitín, iba a atreverme ahora a dar una campanada! Y, además, que no quiero ¡ea!; que tengo confianza en Consuelito y estoy seguro de que sería capaz de morirse antes de faltarme. ¡Que me acuerde de Gil!
¡Pero si Gil es una especie de orangután que da ganas de hacer cualquier barbaridad por no verle! Y yo no seré una Gioconda, pero tengo una figura muy regular y un poquito de ángel. En cuanto a Antón, ¿qué iba a hacer la pobrecita mujer si la daba tres puñetazos todos los días a las ocho y cuarenta? Lo que hizo, señor; buscar un amigo, o dos, o media docena que la curaran los cardenales a fuerza de mimo. Y de la de Blas no digamos. La llevaba el marido al patio de caballos a ver de cerca al «Enagüitas» en traje de luces... y ¡claro! aca-

bó por marcharse a la América del Sur con un banderillero del «Enagüitas». Pero como yo no soy bárbaro como Antón ni tonto como Blas... Verdad es que dicen que también se la pegan a los guapos y a los listos, y... ¡mire usted que si luego me saliera la cónyuge con una tontería...! ¡Eso sí que no lo pasaba! A mí no me señala la gente con el dedo. A la menor sospecha me pego un tiro en el cielo de la boca y digo por qué ha sido para que la señalen con el dedo a ella... Pero ¡qué disparates se me ocurren ahora, cuando ya no tiene remedio! Es decir, remedio sí tiene todavía.. aunque casi es peor que la enfermedad. El caso es que me han sembrado la duda, y cuando a uno le siembran la duda, ya no la suelta en cien años. (Sale Astarot por la puertecita secreta.) Yo sería feliz si tuviera la seguridad completa de la fidelidad eterna de Consuelito... Pero ¿quién es capaz de asegurar semejante cosa?

ESCENA IV

PAULINO.—ASTAROT.

- ASTAR. Yo, caballero, si usted me lo permite...
- PAUL. ¡Eh! ¿Quién es usted? ¿Por dónde ha entrado usted?
- ASTAR. Soy... un convidado a la boda, y he entrado por una puerta. Generalmente las personas no caen del cielo como los copos.
- PAUL. ¡Ah! es usted un convidado. De parte de la novia, por supuesto.
- ASTAR. No, señor.

- PAUL. Pues de la mía... la verdad, no caigo.
ASTAR. De la de usted tampoco. Soy convidado de mi parte.
- PAUL. ¿Qué quiere usted decir?
ASTAR. Eso. Que me he convidado yo mismo. Tengo la costumbre de asistir a todas las bodas aunque no me llamen.
- PAUL. ¡Qué buen humor! ¿Y si yo le dijera a usted que la mía se celebra en capilla particular precisamente para que no la presencien los desconocidos?
ASTAR. Gastaría usted saliva en balde, porque no me iría.
- PAUL. ¿Ni a la fuerza?
ASTAR. Ni a la fuerza. A mí no hay quien me eche.
- PAUL. ¿Y cómo es eso? ¿Es que tiene usted un poder sobrenatural acaso?
ASTAR. Pudiera ser. ¡Quién sabe!
- PAUL. ¿Infernal o divino?
ASTAR. Póngase usted en lo peor.
- PAUL. ¡Vamos, hombre! Sí que la ocasión es de mucha broma. Le advierto a usted que no creo en brujas ni en cuentos del otro mundo.
ASTAR. Allá usted. Pero estamos perdiendo el tiempo.
- PAUL. Sí, señor; y ya comprenderá usted que yo tengo prisa.
ASTAR. Pues al grano.
- PAUL. Vamos allá.
ASTAR. Usted dudaba hace un momento si casarse o no.
- PAUL. ¿Quién se lo ha dicho a usted?
ASTAR. Nada de preguntas, porque no contesto. Y se lanzaría usted descuidado a la boda si tuviera la seguridad de que no iba a ser engañado nunca.
- PAUL. Justamente.

ASTAR. Pues ya le he dicho que esa seguridad que necesita... ¡yo vengo a dársela!

PAUL. ¿De qué manera?

ASTAR. Diciéndole que la virtud de su mujer está en su mano.

PAUL. ¿En la de mi mujer? ¡Toma! Ya lo supongo.

ASTAR. En la de usted.

PAUL. ¿Y cómo, si puede saberse?

ASTAR. ¿Usted quiere de veras a su prometida?

PAUL. Con toda mi alma.

ASTAR. ¿Y está usted resuelto a guardarla siempre fidelidad absoluta?

PAUL. ¡Siempre!

ASTAR. Pues vaya usted al altar tranquilo y seguro. Será usted la flor de los maridos.

PAUL. ¿Por qué?

ASTAR. Porque su mujer se portará con usted exactamente lo mismo que usted se porte con ella. Pero fijese usted bien, joven: ¡exactísimamente lo mismo! Si usted ofende será ofendido en el mismo instante y en idéntica forma. Me parece que no hay nada más justo.

PAUL. Sí, señor, sí; pero ¿quién me asegura?...

ASTAR. Ya le he dicho a usted que yo, ¡y decídase usted con mil de a caballo!

PAUL. Pero vamos a ver, ¿no es usted el mismísimo... vamos, ya usted me entiende?

ASTAR. Crea usted lo que quiera.

PAUL. Pues ¿qué interés tiene usted en que los dos seamos felices?

ASTAR. Ya lo verá usted algún día. ¿Se casa usted o no?

PAUL. ¡Claro que me caso!

ASTAR. Piénselo usted bien, porque yo puedo todavía impedir ese matrimonio.

PAUL. ¿Si? ¿Cómo?

ASTAR. Permitiendo que otro lo impida.

- PAUL. ¡No le entiendo a usted!
- ASTAR. Naturalmente. ¿En qué quedamos?
- PAUL. En que me caso en seguida ¡caray!, y en que no creo en hechicerías y armas al hombro.
- ASTAR. Pues a la capilla y no hay que hablar más. No se le olvide a usted que le va a pasar... lo que usted quiera que le pase. Ya viene la gente y va a salir la novia.
- PAUL. ¡Adelante y sea lo que Dios quiera!

ESCENA V

DICHOS.—DOÑA FILO.—CONSUELO.—CONVIDADOS.
LUEGO JAIME.

Música.

- CORO. (Foro derecha.) Dispuestos los novios,
dispuesto el altar,
el acto solemne
se puede empezar.
(Aparece Consuelo en la primera izquierda.)
- PAUL. Consuelo.
- CONS. Paulinito.
- PAUL. Amante, aquí te espero,
y es la última fineza
que te hago de soltero.
(Del brazo rompen la marcha hacia el foro derecha, seguidos de la comitiva.)
- ASTAR. Leo en sus ojos
que está indeciso.
Casi se casa
por compromiso.
Van recelosos,
con miedo van.
Si son esposos,
míos serán.

(Sigue el desfile. Cuando el último convidado ha traspuesto el umbral de la puerta, la escena se obscurece. Lentamente, y como esfumada, desaparece la pared del fondo, y a través de una gasa se ve la capilla con profusión de luces. Novios y padrinos se arrodillan ante el altar, y el resto de la comitiva se distribuye convenientemente para no estorbar la vista del cuadro. Entretanto, procurando ocultarse y avanzando con precaución, sale de entre las sombras, por el foro izquierda, Jaime, que intenta cruzar el escenario para marcharse por el foro derecha. Pero Astarot, dirigiéndose rápidamente a su encuentro, le sujeta y detiene.)

ASTAR.

¿Dónde vas?

JAIME.

(Procurando desasirse.) Donde quiero.

ASTAR.

¿Qué querías hacer?

JAIME.

Impedir esa boda,
porque no puede ser

ASTAR.

¡Quieto aquí, miserable!

JAIME.

¡Que me sueltes, por Dios!

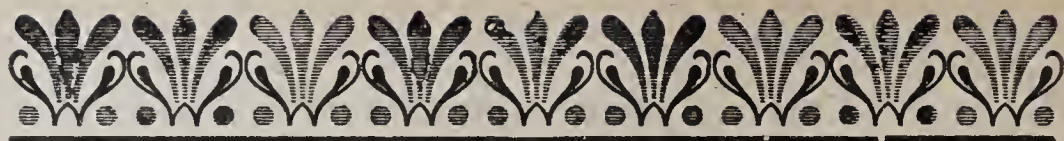
(Forcejean. Astarot, apretando una muñeca de Jaime, le hace caer de rodillas. En este momento el sacristán coloca el yugo sobre los hombros de los contrayentes.)

ASTAR.

¡Ya no tiene remedio!

¡Ya son míos los dos!

Mutación.



CUADRO SEGUNDO

Pasillo elegante. — Puertas laterales.

ESCENA VI

LA MARQUESA. — CELE. — Al fin, PABLO.

Hablado.

- MARQ. (Saliendo por la izquierda). Sobre todo, hija mía, mucho orden y mucha compostura. Que digan que te pareces a tu madre, a tu abuela y a tu bisabuela; que todas hemos sido muy compuestas y muy ordenadas.
- CELE. Mira, mamá, yo creo que lo mejor será dejarme que haga lo que quiera.
- MARQ. ¡Cómo! pero ¿no somos de la misma sangre?
- CELE. Somos de la misma sangre, pero no somos de la misma edad.
- MARQ. Naturalmente; pero has de tener en cuenta que hoy dejas de ser niña y que precisamente damos esta fiesta para presentarte en sociedad. De modo, que si el primer día haces un disparate...

CELE No haré ninguno, porque me pasaré la tarde bailando con Pablito.

MARQ. ¿Ves? Eso no puede ser. Pablito es un buen muchacho que acabará por ser tu marido, si Dios quiere; pero Pablito no es todo el mundo.

CELE. Ya, ya sé que hay muchos más hombres; pero a Pablito es a quien conozco hasta ahora. A los otros ya los iré conociendo.

MARQ. ¿Qué dices?

CELE. Nada, mamá; que como ya no soy una niña... yo veré lo que me conviene.

PABLO. (Apareciendo en la derecha.) ¿Se puede?

MARQ. Adelante, Pablito, adelante.

PABLO. Ahí están Paulinito Alcázar y Consuelito Montero que, como ustedes saben, se casaron hace un mes y acaban de llegar del viaje de novios.

CELE. ¡Ay, qué gusto! ¡Qué ganas tenía yo de ver a Consuelito para que me contara algo! Dila que entre ella sola.

PABLO. No podrá, porque Paulinito no se la despega.

MARQ. Yo saldré primero a recibirlos. Acompañe usted a Cele al jardín.

PABLO. Con mucho gusto. (Vase la Marquesa por la derecha.)

CELE. Anda, vamos.

PABLO. No; espera un momento.

ESCENA VII

CELE.—PABLO.—Al fin, ASTAROT.

Música.

PABLO. Porque quiero que veas
que en este día
mis pruebas de cariño

son las primeras,
y te traigo una rosa
de Alejandría
para que la coloques
donde tú quieras.
CELE. Me la pondré en el pecho
si te parece
para que ocupe el sitio
que ella merece,
y verá todo el mundo
que en este día
me acompaña tu rosa
de Alejandría.
PABLO. ¡Quién fuera ella!
CELE. ¿Sí? ¿Para qué?
PABLO. Para rozarte con las hojitas
donde yo sé.
CELE. Rosita, la rosa
de mi amor primero,
la más primorosa
de todo el rosal.
Por ser tan hermosa
te guardo y te quiero,
rosita, la rosa
de aroma especial.
PABLO. Sus hojas bellas
de mis amores
espejo son;
porque como ellas
está encendido
mi corazón.
CELE. Pablito.
PABLO. Cele.
CELE. ¡Qué cosas dices!
LOS DOS. Creo que vamos
a ser felices.
PABLO. Yo sé que me gustas,
yo sé que te quiero.
Por eso te traigo

la flor natural.
Rosita, la rosa
de mi amor primero,
la más primorosa
de todo el rosal.

Hablado.

- PABLO. ¿De veras te ha gustado la fineza?
CELE. Sí, de veras. Eres muy atento, Pablito.
PABLO. Pero, oye, ¿y por qué la llamas la rosa de tu amor primero?
CELE. Porque tú eres mi primer amor. Ya te lo he dicho muchas veces.
PABLO. Y el último, ¡caramba! ¿O es que piensas tener otros?
CELE. No; ahora no pienso nada. Pero ¿quién sabe lo que puede pasar? Querer siempre a la misma persona debe de ser aburridísimo.
PABLO. Entonces... ¿es que no nos vamos a casar?
CELE. Probablemente sí; pero ¿tú crees que con el matrimonio ya queda una libre de aburrirse?
PABLO. ¡Ay, Cele de mi corazón! ¡qué modernista eres!
CELE. ¿Porque digo la verdad? ¡Pero si debías agradecerme, pedazo de tonto!
PABLO. ¡Sí que es de agradecer la noticia! Pues mira, yo no soy de esos que dicen que hay, que pasan por todo. Yo quiero que seas siempre para mí solito.
CELE. ¿Para no despegarte nunca, como Paulino de Consuelo? ¡Ay, hijo! cadenitas, no.
PABLO. ¡Pero si son de flores, mujer!
CELE. Aunque sean de piedras preciosas. Digo que no, y no. El corazón es libre.

- PABLO. ¡Qué barbaridad!
CELE. Y si me quieres así, me tomas, y si no, me dejas.
- PABLO. ¡Cele!
CELE ¡Pablito!
PABLO. ¿Sabes lo que te digo? Que me devuelvas la rosa.
- CELE. Tómala y ponla en agua.
PABLO. Y esta misma tarde se la regalo a otra.
CELE. Y yo me pongo en relaciones con otro.
PABLO. Para que rabies.
CELE. Para que te desesperes.
PABLO. Eso lo veremos.
CELE. Claro que lo veremos.
- ASTAR. (Apareciendo en la derecha.) ¡Ah! perdonen ustedes. Entro por primera vez en esta casa, y sin duda he equivocado el camino.
- CELE. ¿Viene usted a la fiesta?
ASTAR. Sí, señorita; a la fiesta vengo. Por lo visto estaban ustedes regañando. Pueden ustedes continuar y siento haberles interrumpido. (Intenta retirarse.)
- CELE. No, espere usted. Ya habíamos acabado. Y puesto que usted no sabe ir al jardín, yo le serviré de guía. Deme usted el brazo.
- ASTAR. Con muchísimo gusto
PABLO. Pero, Cele, ¡que ha dicho tu mamá que vayas conmigo!
- CELE. Perdona, hijo; pero como este señor necesita que le lleven... Hay que hacer los honores.
- PABLO. ¡Anda y que te lleve el demonio! (Vase izquierda.)
- ASTAR. Será usted servido. (Vanse por la derecha.)

Música.

MUTACION



CUADRO TERCERO

Un jardín espléndido, a la caída de la tarde.

ESCENA VIII

LA MARQUESA.—PAULINO.—CONSUELO —PABLO.—CELE.
ASTAROT.—SEÑORAS Y CABALLEROS.

(Un baile distinguido y de buen tono. Son parejas obligadas:
PAULINO y CELE, PABLO y CONSUELO. LA MARQUESA
conversa en un grupo. ASTAROT, brujulea.)

Música.

ASTAR.	Bailad, bailad, amigos, en plena bacanal. Envuelva vuestras almas la atmósfera sensual.
PAUL.	Es usted una bailarina deliciosa.
CELE.	Ya lo sé.
PABLO.	Baila usted divinamente.
CONS.	Muchas gracias.
PABLO.	No hay de qué.

ASTAR. El baile hace perder
virtud y honestidad.
¡Bailad, hasta caer!
¡Bailad, bailad, bailad!

(Cuando el baile concluye, los invitados pasean
y charlan en grupos.)

Hablado.

CONS. Muchas gracias.
PABLO. A usted, señora.
CELE. Muchísimas gracias.
PAUL. A usted, señorita. (Se separan. Consuelo va a
unirse con Paulino y Cele con Astarot.) ¿Qué
te ha dicho la pareja?

CONS. Nada de particular. ¿Y a ti?

PAUL. Nada de particular tampoco. (La Marque-
sa se acerca a Consuelo y Paulino.)

MARQ. ¿Están ustedes contentos?

CONS. ¡Figúrese usted! Es la primera fiesta a
que asistimos después de la boda.

PAUL. Y puede decirse que es la primera vez
que nos separamos quince centímetros.

CONS. Por eso estamos tan contentos.

PAUL. ¡Consuelito! ¿qué dices? (Siguen en voz
baja.)

ASTAR. (A Cele.) ¿Resueltamente no quiere usted
hacer las paces con su novio?

CELE. De ninguna manera. ¿No ve usted que no
íbamos a congeniar? A él le gustaría atar-
me, y yo he nacido para andar suelta...

ASTAR. ¡Así, así! Sueltecitas es como deben an-
dar las mujeres. La libertad individual
sobre todo. Tiene usted mucha razón, se-
ñorita.

PABLO. (Acercándose a ellos.) Con permiso, ¿puedes
oírme un momento?

CELE. Un momento nada más, porque tengo

muchas ocupaciones. ¿Ves? Aquí viene Consuelito, que tiene que hablarme.

CONS. Señores... ¿Quieres que demos una vuelta, Cele?

PABLO. En seguida se la dejó a usted. (Se apartan un poco.)

ASTAR. Yo daré conversación a esta señora entretanto, si ella no se opone.

CONS. ¿Por qué he de oponerme? (Siguen en voz baja.)

MARQ. (A Paulino) Le ha sentado a usted perfectamente el viaje de novios. Viene usted mejor que se fué.

PAUL. Usted también está muy buena.

MARQ. ¡Ay! yo no soy ni mi sombra. Unos años antes no hubiera usted estado delante de mí tan tranquilo.

PAUL. No vaya usted a creer que estoy muy tranquilo ahora tampoco. (Siguen bajo.)

PABLO. (A Cele.) ¿De modo que te niegas?

CELE. Por hoy sí. Mañana... puede que me dé la ventolera por otra cosa.

PABLO. Pues te advierto que ya hay otra que me gusta un poco.

CELE. Y a mí hay otro que me gusta más de lo debido... ¿Qué tenemos con eso? (Siguen bajo.)

MARQ. Efectivamente, se está usted poniendo nervioso. ¿Qué le pasa a usted?

PAUL. ¿Sabe usted quién es el que habla con mi mujer?

MARQ. No; no le conozco.

PAUL. ¡Anda! y está en su casa. Pues es... ¡el mismísimo diablo!

MARQ. ¡Ay, el diablo! ¡Qué gracioso es este Paulinito! Entonces debía usted haber aprovechado la ocasión para dedicarme una galantería.

PAUL. ¿Sí? ¿Cuál?

- MARQ. Ha podido usted decirme que Consuelo está con un demonio y usted con un ángel.
- PAUL. ¡Je, 'je! ¡un ángel! También usted es graciosa, señora Marquesa... (¡Me echa piropos! Eso quiere decir que a mi mujer le está pasando lo mismo. Voy a hacer la prueba.) Perdone usted; pero me parece que me llaman. (Se aparta de la Marquesa. Al mismo tiempo se aparta Consuelo de Astarot.)
- MARQ. ¡Que le llaman! Este joven es un poco grosero.
- PAUL. Justo. Ella se separa también de repente y le deja con la palabra en la boca. ¡Lo mismo! ¡Hacemos lo mismo!
- MARQ. Señores, es la hora del te. Cuando ustedes quieran.
- PABLO. Ahora verás.
- CELE. Y ahora verás tú.
- PABLO. (Ofreciendo el brazo a Consuelo.) Señora...
- CONS. Perdón, pero me espera mi marido.
- PABLO. No puede ser. Debe acompañarla a usted su última pareja.
- CONS. ¿Sí? Vamos allá.
- CELE. Paulinito, ofrézcame usted el brazo.
- PAUL. Es que mi mujer...
- CELE. La última pareja es la que acompaña.
- PAUL. Entonces... (Le ofrece el brazo.)
- MARQ. (A Astarot.) ¿Usted no viene, caballero?
- ASTAR. Con su permiso, prefiero quedarme en el jardín.
- MARQ. Como usted quiera. (Vase.)

ESCENA IX

ASTAROT.—En seguida CELE.

- ASTAR. Id, que todo me ayuda. La tenue claridad del crepúsculo, el tibio soplo de la

brisa, el ambiente sensual de los salones perfumados... Nada tengo que hacer. Todo lo harán los millones de auxiliares minúsculos que revolotean en derredor de las lámparas y entre las copas de los árboles.

CELE. (Saliendo por la primera izquierda.) ¡Chist, caballero!

ASTAR. ¿Eh? ¿Quién me llama?

CELE. Soy yo, que he abandonado a mi pareja para venir a buscar una sortija.

ASTAR. No la encontrará usted con esta luz y a estas horas.

CELE. Claro que no la encontraré. Como que no se me ha perdido.

ASTAR. ¿Eh?

CELE. Pero en cambio le he encontrado a usted, que es a quien busco.

ASTAR. ¿A mí?

CELE. Sí, hombre, a usted. ¿Le parece a usted mal?

ASTAR. Al contrario, me parece muy bien. Y ¿qué desea usted de mí, señorita?

CELE. Ante todo, vamos a cuentas. Paulinito me ha dicho en secreto una cosa que me parece una tontería.

ASTAR. ¿Qué la ha dicho a usted?

CELE. Que es usted el diablo.

ASTAR. Pues cuando él lo dice...

CELE. No; si le advierto a usted que a mí no me importa.

ASTAR. ¡Ah! ¿De modo que si lo fuera efectivamente no tendría usted miedo?

CELE. ¡Vaya una pregunta! Veo que es usted un diablo inocente. Si le tuviera a usted miedo no hubiera venido a buscarle.

ASTAR. Tiene usted razón. Ya la escucho.

CELE. Mire usted, se trata de que... vamos, de que hoy me han presentado en sociedad.

- ASTAR. Ya lo sé.
CELE. ¡Claro!; para saber eso no hace falta ser el demonio, puesto que mi mamá se lo ha dicho a todo el mundo. Bueno, pues como hoy dejo de ser niña quisiera saber una porción de cosas que no me dice nadie. Y yo he pensado para mí: pues ese caballero tan raro... ¿No se enfada usted porque le llame raro, verdad?
- ASTAR. De ningún modo.
CELE. Pues ese caballero tan raro que dicen que tiene el espíritu de Satanás, debe saberlo todo.
- ASTAR. ¡Sí que es usted atrevida!
CELE. La ignorancia. ¿No ve usted que soy muy ignorante y muy candorosa?
- ASTAR. Ya, ya lo veo.
CELE. Y claro está que no tendrá inconveniente en descubrirme un misterio que me interesa mucho.
- ASTAR. ¿Cuál?
CELE. Me presentan en sociedad para lo que nos presentan a todas. Para casarme.
- ASTAR. Muy bien.
CELE. Eso digo yo, muy bien. Pero, ¿qué adelantamos con eso?
- ASTAR. No la entiendo a usted.
CELE. ¡Anda con Dios!... ¡Ay!, se me ha escapado la palabra. Usted perdone.
- ASTAR. No hay de qué. Ya ve usted que después de oírla no desaparezco.
CELE. Bueno, pues digo que ¡anda con Dios, que ni el diablo me entiende!
- ASTAR. Eso sucede con frecuencia.
CELE. La pregunta es esta: Ya tengo novio. Ya nos han echado las bendiciones. Ya estoy casada. Bueno, ¿y qué?
- ASTAR. ¿Cómo que y qué?

CELE. Eso; que y qué me pasa ahora. ¿En qué voy a conocer yo que me he casado?

ASTAR. ¡Fuego en la niña! Se va usted a asombrar de una cosa.

CELE. ¿De qué?

ASTAR. De que no me atrevo a contestarla a usted... ¡Tiene usted más picardía que el diablo!

CELE. ¡Ay, qué rabia! ¿De modo que me voy a quedar sin saberlo?

ASTAR. Pregúnteselo usted a Paulinito, que ya no es soltero, y estará más enterado que yo, que lo soy todavía

CELE. ¿A Paulinito? ¿Y cómo voy yo a conquistarle para que me lo diga?

ASTAR. Hija, usted verá. En eso de la seducción hasta las niñas muy niñas saben más que el demonio.

CELE. ¡Sí que es usted el único para sacar de dudas! Vaya, pues... usted perdone la molestia... ¿Viene usted allá dentro conmigo?

ASTAR. Váyase si quiere, que no necesito moverme de aquí para acompañarla, sin que usted lo sepa.

CELE. ¿Sí, eh? ¡qué divertidos son los espíritus malos!... ¡Sin que yo lo sepa! (Riéndose.) Servidora de usted... ¡Muy divertidos! (Más risas.) Hasta luego. ¡Divertidísimos! (Más risas.) Beso a usted la mano. (Vase por donde vino, riendo a carcajadas.)

ESCENA X

ASTAROT.

ASTAR. Del diablo te ríes, incrédula y loca,
y es él quien inspira tu falso candor,
y es él quien abrasa las almas, que toca
y enciende tus ojos, y pone en tu boca

suspiros ardientes, palabras de amor...
Contra él no hay amparo, defensa ni
[abrigo
que siempre se esconde detrás de la cruz
y, oculto, impalpable, le llevas contigo
tenaz adversario, terrible enemigo
que vuela en el aire, que vibra en la luz.
Pelea en el mundo de noche y de día
y avanza invisible, dejando detrás
magnífica estela de suave armonía,
de intensos placeres, de loca alegría...
¡Y así es el pecado! ¡Y así es Satanás!

Música.

Al viento van
en la incesante vibración
de las moléculas sin fin,
al viento van
Con los perfumes del salón
y los aromas del jardín
ardiente efluvio de pasión
y helado soplo de Satán
al viento van,
y se uniran para vencer
en un aliento de mujer.
Esconde traidor
el genio del mal
detrás del amor
ponzoña mortal,
como en el vergel
de ameno pensil
oculta un clavel
veneno sutil.
¡Al viento van
letal vapor de la embriaguez
y excitación de amante afán,
que victoriosos otra vez
en el combate quedarán!
¡Al viento van, al viento van!... (Vase.)

ESCENA XI

PAULINO.—CELE.—Luego PABLO.—CONSUELO.

Hablado.

PAUL. (Saliendo, con Cele del brazo, por el foro izquierda.) Mire usted que esto, para mí, es un compromiso muy grande.

CELE. ¡Compromiso! ¿Pór qué? Yo me mareo en cuanto estoy con mucha gente en un local cerrado. Esto lo sabe mamá de sobra; y si no lo sabe se lo diré yo en cuanto la vea.

PAUL. Sí, pero ¿y yo?

CELE. Usted tiene que acompañarme porque necesito tomar el aire en seguida. ¿Hay algo de particular en eso?

PAUL. Hay de particular que yo soy un joven vehemente, que usted es una chica muy mona y que mi mujercita estará en vilo en cuanto me eche de menos.

CELE. ¡Cómo! ¿Tan poca confianza tiene en usted?

PAUL. Al contrario; tiene mucha. Digo, a mí me parece que tiene mucha.

CELE. Vamos, entonces es usted el que tiene poca confianza en ella.

PAUL. No, no; Dios me libre; también tengo mucha, pero... ¡si usted supiera lo que pasa!

CELE. ¿Qué pasa?

PAUL. Que para que yo confíe en ella tiene ella que confiar en mí, y para que ella confíe en mí tengo yo que confiar en mi... No entiende usted una palabra, ¿verdad?

CELE. Ni media.

PAUL. Se lo he conocido a usted en los ojos.

Por cierto que me está usted mirando de una manera que no me hace gracia...

CELE. ¡Hombre! ¡Qué galantería!

PAUL. No; si digo que no me hace gracia, porque ya la he dicho a usted que soy vehementemente y estoy viendo que me va a pasar algo.

CELE. ¿Algo? ¡Ay, sí! Que le pase a usted algo, que quiero yo verlo.

PAUL. ¡Niña, por Dios! ¿Pero usted sabe lo que dice?

CELE. ¡Claro que lo sé! ¿No ve usted que hoy entro en el mundo? Pues yo creo que debo entrar aprendiendo cosas.

PAUL. ¿Sí? ¡Qué monada!

CELE. Conque, vamos a ver. ¿Qué le puede pasar a usted, Paulinito?

PAUL. Me puede pasar, que me maree... ¡Como que ya se me figura que me estoy mareando! .. Y lo mejor es que nos vayamos allá dentro.

CELE. ¿Al comedor? ¡De ninguna manera! Allí se pondría usted peor, seguramente.

PAUL. Al contrario; el te me aliviaría mucho.

CELE. Pero si el te no es más que un pretexto... Con el te vienen las pastas, después los emparedados con una copita de champán, en seguida el jamón con dos copitas de champán y luego el champán solo... ¡Estoy segura de que Consuelito está más trastornada que usted a estas horas!

PAUL. ¿Ve usted? Pues por eso me tengo que marchar en seguida.

CELE. Justo, a hacer el ridículo y a dejarme a mí abandonada como un trapo. No se apure usted, hombre de Dios, que hay allí demasiada gente.

PAUL. Es verdad, que entre tanta gente...

CELE. En cambio a mí, que también estoy mareada, puede darme un vahido y no tener quien me ampare.

PAUL. Es que... si soy yo el que la ampara a usted va a ser el remedio mucho peor que la enfermedad.

CELE. No hay cuidado. Aunque usted dice que es vehemente, no sé por qué no le tengo a usted miedo.

PAUL. Pues hace usted mal ¡caramba!, porque yo no soy de ladrillo, y si sigue usted mirándome así me derrumbo.

CELE. ¡Qué gracioso!

PAUL. Sí, muy gracioso; pero el caso es que el mareo se me acentúa.

CELE. ¡Pobrecito! ¿Quiere usted que nos sentemos aquí un momento hasta que se le pase?

PAUL. ¡No! sentarnos no; ¡no faltaba más!

CELE. Yo sí. Venga usted a mi lado. ¡Se está tan bien! ¿Verdad que es muy hermosa esta caída de la tarde?

PAUL. Sí; es muy hermosa la caída, pero... (¡Canastos con la niña! Sale a la madre, y es capaz de comprometer a un fraile descalzo!)

Música.

CELE. La luna que sale
y el sol que se esconde
el cielo iluminan
de extraño fulgor,
y sin saber cómo
ni cuándo ni dónde
los ecos murmuran
palabras de amor.

PAUL. ¿No es verdad?
Sí es verdad

que el día se acaba, que llega la noche
y yo voy perdiendo la serenidad.

CELE.

Si la perdiera
como supone,
ya se vería
lo que hay que hacer.

PAUL.

Voy a atreverme
¡Dios me perdone!
puesto que nadie
lo ha de saber.

(En este momento se transparenta una parte del telón del fondo, y a través de la gasa, en un plano superior al del jardín, se ve un gabinetito elegante, en el cual aparecen Consuelo y Pablo, en la misma posición exactamente que la que adopten durante la escena Paulino y Cele. El canto de los primeros es, durante todo el número, como un eco del de los segundos. La acción idéntica en los dos grupos.)

PAUL.

Si usted no se ofendiera
yo la diría...

CELE.

¿Qué?

PABLO.

Si usted no se ofendiera
yo la diría...

CELE.

¿Qué?

PAUL.

No lo sé todavía.

PABLO.

No lo sé todavía.

CELE.

Pues apréndalo usted.

CONS.

Pues apréndalo usted.

PAULINO {

Que con las manos entrelazadas
deben cruzarse nuestras miradas.

Y PABLO. }

CONS. Y {

¿Así?

CELE. }

PAULINO {

Así.

Y PABLO. }

CONS. Y {

Pero cuidando que el corazón
resista firme la tentación.

CELE. }

PAULINO }
Y PABLO. }

¿Así?

CONS. Y }
CELE. }

Así.

PAULINO }
Y PABLO. }

Con un abrazo
lo probaré

CONS. Y }
CELE. }

¡Ay, qué vergüenza
si alguien nos ve!

(Paulino va a abrazar a Cele. Por precaución vuelve la vista atrás, y ve lo que ocurre a través de la gasa, y que es un reflejo de su acción. Se detiene de pronto y se aparta de su pareja como si le hubiera picado una víbora. Cúbrese rápidamente, desapareciendo de la vista el gabinete del fondo.)

PAUL. }
CELE. }

¡Caracoles!

¿Qué pasa?

Escuche usted.

PAUL.

Ya no,
que van a hacer con ella
lo mismo que haga yo.

(Vase corriendo. Cele se siente muerta de risa y Astarot canta dentro.)

ASTAR.

Ardiente efluvio de pasión
y helado soplo de Satán
en un aliento de mujer,
al viento van, al viento van...

Mutación.



CUADRO CUARTO

Antecámara. —Puerta al foro y laterales.

ESCENA XII

PAULINO.

Hablado.

(Sale por el foro pálido, desencajado, con el pelo revuelto y las ropas en desorden.)

PAUL. ¡Soy muy desgraciado! ¡Soy más desgraciado que nadie! Pero ¿qué me ha pasado a mí, Virgen de la Paloma? ¡Una cosa horrible! ¡un lance espantoso! ¡una aventura espeluznante!... Llego furioso al comedor y encuentro á mi mujer con una copa en la mano, tan tranquila como si no hubiera pasado nada. «Paulino, que estás loco; Paulino, que has visto visiones; que te calmes, Paulino...» Y yo, para ahogar las dudas, brindo con mi mujer, brindo con la marquesa, brindo con el diablo y brindo con todo el mundo... ¡Ay! tenía razón aquella criatura; lo del te era un pretexto. A fuerza de

brindis acaba por nublárseme la vista y todo me baila en derredor. Me baila la marquesa, me baila el diablo, me bailan hasta los muebles... Contanto baile, ¿qué había de pasar? Que me caigo rendido debajo de la mesa dando vivas a la república. Y ya no sé más. Es decir, sé que acabo de despertarme ahí dentro en una cama donde sin duda me habían depositado para que se me pasara el vértigo. Pero aquí viene la aventura espeluznante, el lance espantoso, la cosa horrible... Yo no he dormido; yo no me he dormido del todo; ¡a mí me ha pasado algo muy grave que me va a llevar a la locura! De repente veo como en sueños que anda revoloteando para picarme un mosquito de trompetilla con la cara de Pablito. Hago así con la mano para aplastarle contra la pared y al dejar caer el brazo, ¡plaf!, tropiezo con el cuerpo de una persona. ¡Y qué persona! Una mujer con el pelo como la seda, con una nariz correctísima, con unos hombros torneados, con unas... Bueno, una señora de esas que se ven en sueños nada más. Quise volver a levantar el brazo para espantar al mosquito y ya no pude. ¿Qué pasó después? ¡Ay! de eso es de lo que quisiera acordarme para saber si me tengo que morir o no me tengo que morir de rabia. Porque si el brujo aquél, ó lo que sea, tenía razón, y mi Consuelito se ha visto en situación parecida y yo he pasado de la raya... no me quedan más que dos caminos: o conformarme con mi suerte, o pegarme un balazo en la cabeza... Paulinito, haz memoria. ¿Pasaste? ¿No pasaste?...

ESCENA XIII

PAULINO. — CONSUELO.

- CONS. ¡Paulino! (Sale por la derecha.)
- PAUL. ¡Ah! ¡qué a tiempo llegas! Ven acá.
- CONS. ¿Estás mejor?
- PAUL. Sí; estoy como para bailar el tango argentino.
- CONS. ¡Cuánto me alegro! (Queriendo abrazarle.)
¡He pasado un susto!...
- PAUL. (Conteniéndola.) Bueno, déjate de abrazos. Vamos a ver: ¿juras decirme la verdad, sea la que sea?
- CONS. Naturalmente. Ya sabes que yo no te engaño nunca.
- PAUL. ¿Qué te ha pasado desde que yo me caí sin conocimiento?
- CONS. Pues... que creí que te morías. Y entre el mareo del champán y el miedo de perderte para siempre me dió una especie de vahído, y si no me sostienen unas señoras nos hubiéramos encontrado debajo de la mesa.
- PAUL. Sigue.
- CONS. Luego sentí como una opresión en el pecho, que me daban a oler unas esencias, que me cogían en volandas y que me dejaban en un sitio muy blando, muy blando, donde al poco rato me quedé más tranquila.
- PAUL. Y en cuanto te tranquilizaste un poco empezaste a soñar, ¿no es eso?
- CONS. ¿Quién te lo ha dicho?
- PAUL. Nadie; pero es lo que me ha pasado a mí, y como la enfermedad era la misma...

- CONS. Pues sí; tuve una pesadilla muy rara. Se conoce que con la opresión...
- PAUL. ¡Claro! con la opresión... Una pesadilla horrible, ¿verdad?
- CONS. No; muy horrible, no. Regular de horrible.
- PAUL. ¡Ah! ¿te ha parecido regular? Explícame eso.
- CONS. Verás: de pronto se me figuró que empezaba a revolotear una mariposita blanca.
- PAUL. ¿Te fijaste bien? ¿No sería un mosquito?
- CONS. Era una mariposa. Por cierto que tenía una cara conocida.
- PAUL. La de Pablito
- CONS. No; la de Cele.
- PAUL. Buenó; es igual. Adelante.
- CONS. En seguida sentí muy vagamente una impresión extraña; como si una mano misteriosa se entretuviera en alisarme el pelo, y después se posara suavemente en la nariz, y después en un hombro, y después...
- PAUL. ¿Qué?
- CONS. Nada más. No me acuerdo de nada más.
- PAUL. Ni falta que hace. ¡Estamos perdidos!
- CONS. Cuando abrí los ojos me encontré en un sillón, rodeada de unas cuantas señoras, que se reían mucho y que me decían que aquello no había sido nada.
- PAUL. ¿Que no había sido nada? Pues mira, ha sido nuestra desgracia para toda la vida.
- CONS. Pero ¿por qué, Paulinito?
- PAUL. ¡No me abracés! Ahora mismo te llevo a casa de tu madre, y yo me llevo a casa de mi padre y me tomo seis pastillas de sublimado.

- CONS. ¡Tranquilízate, por Dios! ¿Es que no se te ha pasado todavía?
- PAUL. ¡Que no me abracés, caramba! Desde ahora nos separan para siempre un mosquito y una mariposa.

ESCENA XIV

DICHOS. -- LA MARQUESA

- MARQ. Pero ¿qué es eso? ¿Riñen ustedes?
- CONS. Yo, no; es Paulino, que sin duda no se ha despejado del todo.
- PAUL. ¡Ojalá no me hubiera despejado tanto!
- MARQ. Tiempo ha tenido, puesto que se ha pasado durmiendo más de tres horas.
- PAUL. ¡Durmiendo! ¿Usted cree que yo he dormido?
- MARQ. Como un tronco, y sin mover pie ni mano.
- PAUL. ¡Ojalá! Y usted ¿cómo lo sabe? ¿Ha estado usted a mi lado por casualidad?
- MARQ. ¿Yo? ¡Dios me libre! Pero he ido con las demás a llevar a Consuelito y luego a recogerla cuando calculamos que se la había pasado el síncope.
- PAUL. ¡Ah! pero ¿ha sido Consuelito la que...?
- MARQ. Naturalmente. Puesto que tenían ustedes la misma enfermedad, justo era que la pasaran juntos.
- PAUL. ¡Ay, gracias a Dios! ¡Abrazame, Consuelo!
- CONS. Con el alma y la vida.
- MARQ. Así me gusta. Y ahora, a tomar una taza de te bien caliente.
- PAUL. Pero te nada más, ¿eh? Nada de jamoncito ni de copas.

MARQ. Como ustedes quieran. Vayan, vayan ustedes.

CONS. ¡Ay, Paulinito, qué contenta estoy!

PAUL. (Yéndose del brazo.) Yo también estoy muy contento... ¡Digo, no! Ahora me acuerdo de que tengo una espina.

CONS. ¿Cuál?

PAUL. Que tú has soñado que yo era otro, y yo he soñado que tú eras otra. ¡Soy muy desgraciado!

CONS. No seas tonto. Eso te dura hasta que se te pase el síncope. (Vanse.)

MARQ. ¡El síncope! ¡Bueno ha estado el síncope! Mentira parece que dos personas finas se pongan así con cuatro gotas... (Vase.)

Mutación.



CUADRO QUINTO

La misma decoración del primero.

ESCENA XV

ASTAROT. — GREGORIA. — Al fin, CONSUELO.

- GREG. No hay nadie más que la señorita. ¿Quiere usted que la llame?
- ASTAR. No; no hace falta. A quien quería ver es al marido, y como es la hora de comer creí que estaría.
- GREG. Justamente a la hora de comer es cuando no está nunca. Aquí no se come.
- ASTAR. ¿Eh?
- GREG. No, señor; no se come. El matrimonio ha tenido un disgusto muy grande, y ha decidido suicidarse así: no comiendo.
- ASTAR. ¿Un disgusto? ¿Qué disgusto ha sido ése?
- GREG. Pues no lo sé de cierto. Hace ocho días

que no hablan más que para reñir. Ella dice: «Y tú creiste que yo era otra». El contesta: «Tú creiste que yo era otro». Y en lugar de separarse, como era natural, han resuelto morirse

ASTAR. ¡Claro! y se saldrán con la suya.

GREG. ¡Cá, no, señor! La señorita se toma a escondidas sus buenos *piscolabis* y el señorito se va al restaurant de enfrente y se pone como nuevo. Pero, como usted comprende, esto no es casa.

ASTAR. Naturalmente. ¿Y la señora?

GREG. ¿La madre de la señorita? No los podía resistir y hace cuatro días se marchó a vivir con su hermano el general de brigada. La servidumbre también tomó el portante, y... total que me he quedado yo sola, porque la tengo ley a la señorita y porque el señorito es muy simpático.

ASTAR. Sí; es muy simpático. Pues... como, por lo visto, tardará en volver, yo vendré cuando sepa que seguramente está en casa.

GREG. ¿Quién le digo que estuvo a buscarle?

ASTAR. Nadie; no es preciso.

GREG. Esta bien. Por aquí.

ASTAR. Ya; ya veo la puerta. Abur. (Vase foro decha.)

GREG. Vaya usted con Dios. ¡Qué hombre tan extraño! ¿Eh? ¿Quién llamará ahora por la puerta de servicio? (Vase foro izquierda. Por la puerta del primer término del mismo lado sale Consuelo)

CONS. Me pareció haber oído una voz de hombre desconocida. Nada; no hay nadie. ¡Ah! mi maridito. No quiero ni verle. (Vuelve a marcharse por la primera izquierda y cierra la puerta tras sí.)

ESCENA XVI

PAULINO.—GREGORIA.

- GREG. Todavía le alcanza usted en la escalera principal, si quiere.
- PAUL. No tengo interés. Digo, espera. ¿Qué señas tenía ese caballero?
- GREG. Alto, moreno; con un bigote y una perilla muy raros.
- PAUL. ¿Sí, eh? No me digas más. ¿Sabes quién era? ¡El demonio!
- GREG. (Dando un chillido, muy asustada y agarrándose a él como a la tabla de salvación.) ¡Ay, señorito, por Dios! ¡Que yo no quiero que me lleve!
- PAUL. No tengas miedo; es amigo. No te llevará.
- GREG. Pues yo no me separo de usted hasta que no sepa que se ha ido.
- PAUL. Bueno; pero no aprietes mucho, ¡caramba!, que uno no es de palo
- GREG. Si es que no puedo menos, señorito; si es que soy muy nerviosa...
- PAUL. Y yo te lo agradezco de veras, Gregorita, porque ahora caigo en que eres guapa.
- GREG. ¿No había usted caído hasta ahora?
- PAUL. Es que así, de cerca, eres más guapa de lo que pareces... ¡Bueno! Ya estoy yo con mis vehemencias. ¿Ha comido la señorita?
- GREG. No, señor; sigue encerrada y no ha abierto en toda la tarde. ¿Y usted?
- PAUL. Yo tampoco.
- GREG. ¿No ha ido usted al restaurant de enfrente?
- PAUL. ¡Ah! ¿Lo sabes? Pues, no; ya no voy. Es demasiado alegre, ¿sabes? No tiene más

que gabinetes reservados y todo el mundo va con su parejita; de modo que yo hago el ridículo. Conozco que los camareros se me burlan.

GREG. Pues... mire usted; yo tampoco he comido todavía. Como en la casa todo anda manga por hombro...

PAUL. ¿Y qué quieres decir con eso?

GREG. Qué podía usted llevarme y ya no estaba usted tan solo.

PAUL. ¡Canastos con la idea! ¿Tú sabes lo que dices?

GREG. ¿Qué tiene de particular? Si es para servirle a usted a la mesa, como si estuviera usted en su casa, para que no se burle el camarero.

PAUL. ¡Ah! ¿para servirme?

GREG. ¡Claro! ¿O es que cree usted que no puedo?

PAUL. ¿No has de poder? ¡Vaya si puedes! Pero si se supiera...

GREG. ¿Quién iba a criticarlo? Usted tiene que hacer por la vida.

PAUL. Tienes razón, ¡qué caramba! Estoy en la flor de la juventud, ¿verdad?

GREG. ¡Y tan en la flor!

PAUL. Y, por consiguiente, no hay por qué morirse. ¡Ea! No creo en brujerías ni en maleficios y me río del diablo. Vámonos, Gregorita, que me caigo de debilidad.

GREG. Cuando usted quiera.

PAUL. Pero ¿por qué te quitas el delantal?

GREG. No voy a ir así con usted por la calle para que parezca que le llevo al colegio.

PAUL. Es verdad. Andando. ¿Para servirme, eh, Gregorita?

GREG. Sí, señorito, sí; para servirle. (Vanse foto derecha.)

ESCENA XVII

ASTAROT.—JAIME.—Luego, CONSUELO

Música.

(Salen ambos por la puertecita secreta del primer término derecha.)

ASTAR. Entra y aprovéchate,
que esta es la ocasión.
Conquistala hablándola
con el corazón.

JAIME. Ella está aquí.
La voy a hablar.
Miedo y placer
siento a la par.

ASTAR. (Llamando en la primera izquierda.)
Señora, abra sin miedo,
sólo un instante;
que traigo una noticia
muy importante.

CONS. (Dentro.) Váyase, que sin duda
no es para mí.

ASTAR. Para usted es, señora.

CONS. (Saliedo.) ¿Quién está aquí?

ASTAR. Quien siempre a sus órdenes
estuvo y está.

CONS. Llamaré a mi esposo.

ASTAR. No contestará.

De nuestra entrevista
quiere ser testigo
este caballero
que viene conmigo.

JAIME. (Adelantándose.) ¡Consuelo!

CONS. (Reconociéndolo.) ¡Calla!

- No puedo hablarte.)
Viene a salvarla.
Vengo a salvarte.
No; que si abandonada
quedé por tu traición
la salvación ahora
sería perdición: .
- ASTAR.
JAIME.
CONS.
- JAIME. Con engaños lograron alejarte de mí;
la traición fué mentira; mi cariño es
[verdad
porque mi pensamiento sólo fué para ti
cuando tú de mis penas no tuviste pie-
[dad.
- CONS. Tarde es ya para hablarme de constan-
[cia y de amor,
que del tiempo pasado nada quiero
[saber,
porque ya al sentimiento pone freno el
honor,
porque ya mi cadena no se puede rom-
[per.
- ASTAR. El deber no obliga
cuando el que le exige
lo ha olvidado ya.
Vea usted, señora,
dónde está su esposo
y con quién está.
- (Descúbrese el fondo en la misma forma que
anteriormente. Detrás de la gasa se ve el cuarto
de un restaurant, donde cenan alegremente Pau-
lino y Gregoria.)
- CONS. ¡Ah! ¡qué infamia! El embustero
no merece compasión.
¡Basta ya, que no tolero
semejante humillación!
- (Desaparece la visión del fondo.)
- ASTAR. ¿Venganza quieres?
CONS. Venganza quiero.
ASTAR. Pues castiga al caballero.

- con la pena del Tali6n.
- JAIME. Yo te he esperado,
fiel y constante;
s6lo a mi lado
feliz ser6s.
- CONS. No te he dejado
ni un solo instante,
ni me he olvidado
de ti jam6s.
- JAIME. Ven, y all6, muy lejos, seremos dichosos.
- CONS. Ya no se interpone nada entre los dos.
- ASTAR. Id a que os sujeten lazos amorosos.
- JAIME. ¡Que Dios me perdone!
- CONS. ¡Perd6neme Dios!
- (Vanse Jaime y Consuelo por el foro izquierda.)
- ASTAR. La red tendida
ninguno ve.
¡Mío es el mundo!
¡Siempre lo fué!
- (Se oculta de modo que no le vean, hasta el momento preciso, Paulino y Gregoria, que entran por el foro derecha.)

ESCENA XVIII

ASTAROT. — PAULINO. — GREGORIA.

Hablado, con música en la orquesta.

- GREG. Pero, señorito, ¡por Dios! ¿a qué viene esto?
- PAUL. ¡Que te digo que lo he visto claramente!
¡Que se me ha vuelto a aparecer la visión, y que mi mujer estaba aquí con otro... mientras yo estaba contigo!
- ASTAR. (Presentándose.) Estaba, pero ya no está.

PAUL. ¡Ah! ¿Usted aquí?... ¡Ya no me cabe duda! (Gregoria, muda de espanto, se ciñe materialmente a Paulino.) No te asustes, que no te come.

ASTAR. Pues ¿qué creías? ¿No te acuerdas del pacto? Tenéis los mismos deberes y los mismos derechos. No es justo que la parte ancha de la ley sea para los hombres y la estrecha para las mujeres.

PAUL. Pero todavía llego a tiempo. La buscaré... la alcanzaré...

ASTAR. Ya es tarde. Mira.

(Vuelve a descubrirse el fondo. Tras de la gasa se ve una estación de ferrocarril con un tren dispuesto a marchar. Entre los viajeros que van y vienen aparecen Consuelo y Jaime, que entran en un coche.)

CORO. (Dentro.) Acuérdate de Gil,
acuérdate de Antón,
acuérdate de Blas,
y ten resignación,
que a tiempo estás.

(Cúbrese el fondo.)

PAUL. ¡Pero si esto no puede ser, señor demonio! ¡Si yo no he hecho nada! ¿Verdad, Gregoria?

GREG. Nada de particular.

ASTAR. ¿Estás seguro?

PAUL. Segurísimo

ASTAR. Entonces, nada te habrá pasado tampoco. Llama a esa puerta.

PAUL. (Llamando en la primera izquierda.) ¡Consuelo! ¡Consuelito!

CONS. (Dentro.) Espérate un momento. Voy en seguida.

PAUL. ¡Ah, estaba aquí! ¡Gracias a Dios! ¡Qué endemoniada pesadilla!

GREG. ¿Ve usted, señorito?

PAUL. No vuelvo a beber champán contigo ni con nadie. (Sale Consuelo y ambos esposos se abrazan efusivamente. Impieza a caer lentamente el telón, mientras Astarot canta:)

ASTAR. Entre un aliento de mujer
y el soplo helado de Satán,
¡al viento van... al viento van!

TELON

Nota importante. — Astarot viste como los demás caballeros, frac en el primer cuadro, smoking en el segundo y tercero y levita en el quinto. Sólo indican su condición diabólica la cara mefistofélica, la corbata roja y un clavel rojo en la solapa.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- Las modistillas**, sainete en un acto y en verso.
- El grillo**, periódico semanal, ídem id. íd.
- La gente menuda**, ídem id. íd.
- El baile de máscaras**, ídem id. íd.
- Somatén**, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
- La soñá condosa**, juguete cómico en un acto y en verso.
- La puerta del infierno**, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.
- La moral casera**, comedia en dos actos y en verso.
- La lavandera**, sainete en un acto y en verso.
- Lucifer**, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
- La obra**, juguete cómico en un acto y en verso.
- El gran mundo**, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
- Paca la pantalonera**, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.
- La revista nueva o la tienda de comestibles**, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.
- La clase baja**, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.
- Sociedad secreta**, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Menzano, música del maestro Brull.
- La baraja francesa**, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
- La república de Chamba**, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapi.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapi.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque a la reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

Quo vadis...?, zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo vadis...?*) en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraiso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La Infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde.

Mari-Gloria, boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

El carro de la muerte, zarzuela fantástica extravagante en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Barrera.

La balsa de aceite, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

El talisman prodigioso, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives.

La ilustre fregona, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.

Las calderas de Pedro Botero, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, música del maestro Chapí.

La moral en peligro, zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Lleó.

El diablo con faldas, comedia con música en un acto y en prosa, música del maestro Ruperto Chapí.

Cabecita de pájaro, cuento infantil en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa.

El bebé de París, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

Faldas por medio, sainete trágico en un acto y en prosa.

La perla del harem, cuento de damas, con adornos musicales del maestro Calleja.

Mano de santo, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa, música de Rafael Calleja.

Sansón y Dalila, comedia en dos actos y en prosa.

Gloria in excelsis, revista fantástica en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Amadeo Vives.

El palacio de los duendes, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Vives y Serrano.

Las dos reinas, zarzuela en un acto, dividido en siete cuadros, música de Rafael Calleja y Tomás Barrera.

Barbarroja, zarzuela en un acto, música del maestro Serrano.

Nuestro compañero en la prensa, comedia en dos actos y en prosa.

La revolución desde abajo, comedia en dos actos y en prosa.

La tabla de salvación, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, música del maestro Lleó.

El libro del destino, zarzuela en un acto, música del maestro Lleó.

La autoridad competente, comedia en tres actos y en prosa.

La ley del embudo, zarzuela fantástica en un acto, dividido en cinco cuadros, música de Amadeo Vives.

